

# Cartas desde los extramuros

OSWALDO ESTRADA

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

[oswaldo.estrada@cchs.csic.es](mailto:oswaldo.estrada@cchs.csic.es)

Haciendo una investigación en Princeton, Carlos Villacorta encuentra un conjunto de cartas inéditas entre el crítico alemán Wolfgang A. Luchting y el poeta afroperuano Enrique Verástegui, escritas entre 1973 y 1977. Fascinado por el contenido decide publicar las que Verástegui le dirige a Luchting, entonces profesor en Washington State University. Por cuestiones de derechos de autor, no se incluyen las cartas de Luchting. En sus cartas Verástegui descubre el mundo literario y político del Perú de aquel entonces y su afán, como escritor periférico, de publicar y que conozcan su obra dentro y fuera del país. El libro, breve en extensión, nos interna en un tiempo psicológico mucho más amplio: el del movimiento Hora Zero y el de los turbulentos años setenta, en los que se fragua una amistad entre dos hombres unidos por su amor a la literatura.

Al leer las quince cartas de Enrique Verástegui (1950-2018) nos sumergimos en un mundo pretérito: el de la literatura epistolar, el de las cartas que se escribían antes, a mano o a máquina, tratando de capturar con urgencia un momento irrepetible. Verástegui escribe a toda carrera, siente que se le acaba el papel y todavía tiene mucho que contar. Pero hay que depositar lo vivido en un sobre, sin saber cuándo llegará a su destinatario. Las cartas terminan con un saludo, con un abrazo, a veces con una pregunta, una firma, siempre a la espera de una contestación. Y en ellas, escritas desde San Vicente de Cañete, Lima o Barcelona, la amistad entre el poeta y el crítico va creciendo. Pasamos de las formalidades del “usted” a las complicidades del “tú”; del “Estimado Dr. Wolfgang A. Luchting” al “Querido Wolfgang”; y también del cariño y la admiración al desacuerdo y al desencanto.

La introducción crítica de Villacorta destaca por la contextualización del momento histórico en el que se sitúan estas cartas. Estamos en un Perú militarizado que pasa de la dictadura



**Cartas desde los extramuros.  
Correspondencia de Enrique  
Verástegui a Wolfgang A. Luchting  
(1973-1977).**

*Carlos Villacorta (editor)  
Intermezzo Tropical  
Lima, 2025, 70 pp.*

de Juan Velasco Alvarado a la de Francisco Morales Bermúdez. Se han expropiado la radio y la televisión; se han confiscado los diarios *La Prensa*, *Última Hora*, *El Comercio*, *Correo y Ojo*. Aparte del terremoto del 3 de octubre de 1974, hay huelgas, robos, saqueos, protestas populares. Lo que más quiere Verástegui en ese ambiente caótico es publicar su obra. Pero vive en Cañete, alejado de los círculos literarios. Y siente que en Lima no quieren publicar su libro *Monte de goce* por su contenido irreverente, erótico, controversial. Martha Hildebrandt es directora del Instituto Nacional de Cultura, y el joven Verástegui teme que su libro no obtenga su aprobación. Por eso le ruega al profesor Luchting que lo ayude a publicar su obra en Estados Unidos.

En su correspondencia con Luchting, Verástegui reflexiona sobre sus lecturas, sobre el mundo literario que tiene impacto en él. Hay en estas

páginas comentarios sobre Michel Foucault, Susan Sontag, Marguerite Duras, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Jorge Pimentel, entre otros. Dimes y diretes y anécdotas como la del sismo que lo sorprendió en San Isidro y tuvo que salir desnudo a la calle, para sorpresa de los vecinos. En otras escribe acerca del pisco y de la cerveza que toma en el Wony. O reflexiona sobre temas profundos, como cuando escribe que “la felicidad está allí donde nos parece que somos infelices, y sin embargo la felicidad siempre está en nosotros, en el sabor de una manzana, o de un trago, en la soledad de las tardes o las noches de otoño, aunque nos sea duro” (p. 48).

Con música de fondo, fumando un cigarrillo, Verástegui le cuenta al amigo de sus trabajos y tribulaciones, opina sobre la conciencia nacional, la clase media, la identidad peruana, añorando el reencuentro con el profesor que vive en el mundo apacible de su universidad americana. Le pide libros. Promete enviarle alguna revista. Le cuenta del nacimiento de su hija y se dibuja preparando biberones, cambiando pañales. Es curioso descubrir a este Verástegui detrás de la mirada pública, ilusionado por su beca Guggenheim, de viajar a México y a París, de vivir en Barcelona. En la última carta, la del 1 de febrero de 1977, Verástegui está molesto con Luchting. Este pretende publicar en un diario peruano una entrevista que Verástegui le ha hecho un año antes, pero el poeta no quiere dar su autorización. Prefiere no verla publicada porque no hay libertad de expresión en el Perú y porque *La Prensa* le “da náuseas” (p. 63).

No sabemos más del intercambio entre ellos. Pero nos queda el sentimiento de haber conocido mejor a un autor querido en la intimidad de su hogar, tecleando retazos de su vida frente a la máquina de escribir, para trascender las incertidumbres de su oficio en un Perú turbulento, agitado e inestable, como el que percibimos en sus cartas.